

(01019)

Los que se van

Lunes, 09:43 a.m.
Oficinas de Industrias L&A
Mospintoles — Sur de Madrid

La reunión había comenzado tensa, pero López supo encauzar el malestar de los miembros del Consejo. Primero los había aplacado y luego se los había ganado. Ahora reían la puntualización de López.

—Señores —prosiguió el empresario— hemos de tratar también la marcha de algunos de nuestros jugadores. Como les dije la pasada semana, es probable que en algunos casos levantemos resentimientos entre la población. No en vano todos los que salen son chavales de los barrios de Mospintoles, conocidos y queridos por esa afición a la que ahora más que nunca necesitamos atraer.

López hizo una pausa mientras reordenaba sus apuntes. Los consejeros hicieron lo propio, buscando el dossier al que López hacía referencia.

—He tenido tiempo de repasar el informe detallado que pedí el último lunes. En él se destacan tres focos que, creo, debemos tratar con tacto. Los demás chicos parecen, o bien satisfechos con su suerte, o bien resignados. La mayoría no pierden la categoría, pues seguirán jugando en segunda B.

López volvió a hacer una pausa que aprovechó Pedregal para corregirle:

—Esa es su opinión, señor López. Los chavales sienten que pierden una categoría si siguen en segunda B.

El presidente del Consejo enarcó las cejas como interrogando a su interlocutor, quien prosiguió:

—Se han ganado la categoría de segunda A en el campo, y entienden que han demostrado tener categoría de segunda A y no de segunda B.

López permaneció callado unos instantes, permitiéndose una reflexión.

—He de convenir que es una visión acertada, señor Pedregal —rara vez López anteponía el trato de señor al apellido de sus consejeros, y cuando lo hacía no utilizaba la ironía sino que abundaba en el respeto que le merecían—. Quizá sea con esa mentalidad como debemos abordar este asunto.

Pedregal esbozó una media sonrisa, satisfecho, acompañándola de un leve cabeceo. López continuó su disertación:

—Me gustaría tratar cada caso uno a uno, pero hoy no tenemos tiempo, por lo que incidiré en los tres mencionados. Tengo delante la ficha de Juan Castellanos, de 23 años, joven mospintoleño con un cuadro familiar complicado. Está estudiando cuarto de carrera... y tiene a su cargo a su madre enferma. Con el sueldo del Rayo ha podido permitirse ir concluyendo sus estudios universitarios al tiempo que hace frente a sus obligaciones filiales para

con su madre. Viene jugando de interior izquierdo con nosotros y ahora recalará en el Halcón del Real, de la tercera división madrileña.

López se irguió en el sitio, pensativo. Los consejeros se reunían de pie en torno a una alta mesa en forma de herradura.

—No creo que el Halcón del Real pueda pagarle la nómina que percibía en el Rayo... —miró a sus consejeros y todos sin excepción tenían baja la cabeza, como absortos, sin estarlo, en sus papeles—. Señores, no es culpa nuestra que el fútbol del señor Castellanos no nos sea ya de utilidad. Ni el Rayo ni López y Asociados somos una ONG...

López hizo otra pausa, dejando en el aire lo que acababa de decir, como para que empapara las mentes de sus consejeros.

—Sin embargo no somos unos desalmados... Basáñez, tome nota, por favor. Hable con el chico y ofrézcale un puesto en una de nuestras empresas. Si acepta nuestro ofrecimiento me temo que tendrá que elegir entre seguir estudiando o continuar jugando al fútbol. Aconséjele convenientemente. Pero hágale saber que su relación laboral con el Rayo habrá terminado, y en la nueva relación laboral que emprenda con nosotros no será invocable su pasado futbolístico. A partir de ese momento deberá atenerse a lo que sus jefes le pidan. Y estará a prueba por espacio de tres meses. Si no sabe cumplir como trabajador le esperará el destino que aguarda a quienes no saben amoldarse a las exigencias de un puesto laboral. No podremos hacer más por él. Sin embargo, hágale un seguimiento periódico, y vea si cuando acabe su licenciatura sus conocimientos pueden sernos de utilidad en L&A o sus capacidades nos permiten recomendarle.

López miró buscando la aprobación de sus consejeros. Las miradas seguían perdidas en los folios que cada cual tenía delante.

—Otro de los descontentos es nuestro portero suplente. Cumplirá dentro de unos meses 30 años y tiene una familia con dos hijos. A diferencia de Castellanos, Pedro Hidalgo es una persona violenta y un inveterado provocador. Nos ha causado más de un problema en el campo y en el vestuario. No parece estar contento con su destino en el Navalete de tercera división. Supongo que esperaba jugar en segunda, pero sería un pésimo modelo para quienes se incorporen al equipo. Todos sabemos que es tremendamente carismático y muy querido en Mospintoles a pesar de que lleva una vida desordenada, y gasta en bebida y en el juego más de lo que sus obligaciones aconsejan. Sabemos de forma confidencial que su mujer quiere separarse de él hace tiempo. Parece ser que se lo impide la responsabilidad de cuidar de sus hijos, aunque motivos no le faltan pues en el pasado hemos sabido que más de un moratón nada estético le ha sido imposible de ocultar en varias ocasiones. No deseo seguir cobijando a este individuo, aunque debo reconocer que no está deportivamente acabado.

López levantó la vista de sus papeles. Los consejeros, todos en general, estaban serios. Pero ninguno parecía querer tomar la palabra.

—Basáñez, tome nota, por favor... No habrá ni un céntimo ni del Rayo ni de nuestras empresas para Pedro Hidalgo. Ya es mayorcito, y él sólo se ha labrado su futuro. Ya va siendo hora de que se ponga a trabajar. Que busque el trabajo donde mejor le acomode, pero no lo quiero en ninguna de nuestras empresas. Advierta a los jefes de personal del perfil de esta persona, no fuera a ser que nos lo cuelen por debajo de la puerta.

López había pronunciado estas últimas palabras mirando a sus consejeros. Cuando acabó algunos había levantado la vista y notaron que habían estado siendo observados por López.

Irujo pareció querer tomar la palabra, pero López le contuvo levantando su mano al tiempo que extendía los dedos.

—Sin embargo no somos inhumanos y no vamos a dejar desangelada a su familia. Basáñez, ocúpese de que los hijos del señor Pedro Hidalgo sean becados por nuestras empresas hasta que concluyan sus estudios, que espero sea en la Universidad. Averigüe qué habilidades tiene la esposa de este elemento y ofrézcale un puesto acorde con su capacidad en alguna de nuestras empresas.

López hizo una pausa, como pensando en otra cosa, y prosiguió:

—Esperemos que pueda alcanzar un buen sueldo que le permita mantener a sus hijos. Pero no quiero que le llegue un céntimo a este holgazán. Basáñez, hable con ella reservadamente y ofrézcale los servicios de un abogado matrimonialista. Dígale que nosotros correremos con los gastos del divorcio, si ella desea dar ese paso. Si surgen problemas ténganos informados. Me refiero a problemas conyugales con el jugador. Déle a la esposa un número de teléfono al que nos pueda llamar con total confianza a cualquier hora. Espero que podamos evitar una desgracia...

Ahora las caras de sus consejeros se habían distendido un poco. López continuó cuando parecía que había dado por concluido este asunto:

—Basáñez, estoy pensando... Vamos a intentar enviar lejos de aquí este problema. Búsquele un equipo de segunda B alejado de Madrid. En algún lugar con costa... Vamos a satisfacer los deseos del jugador de seguir en segunda B aunque sea de suplente. Aunque nos cueste algo de dinero. Pero lo quiero lejos de aquí y de su familia.

López pasó la hoja de Pedro Hidalgo para enfrentarse con el tercero de sus problemas en el equipo.

—José Morán, natural de Mospintoles... —leyó López—. Este chaval... Ha sido una lástima... Recordarán todos ustedes que nuestro rival del último partido en la fase de ascenso había mostrado interés por hacerse con sus servicios. El chico acaba contrato con nosotros esta temporada pero existe una cláusula por la que

tenemos preferencia a la hora de renovarle siempre y cuando igualemos en metálico o en especie la oferta que pudieran ofrecerle certificando su veracidad. El caso es que firmamos un preacuerdo con nuestros últimos rivales por el que sólo si ascendíamos les cederíamos el contrato de nuestro jugador para que pudieran hacerse con sus servicios ejecutando esa cláusula.

—Al grano, López, que se nos acaba el tiempo —suspiró Laínez.

—Perdón por la digresión, señores. Ha querido la mala fortuna que Morán se lesionase de importancia precisamente contra quien iba a ser su nuevo equipo, y ello sin que el jugador supiese del concierto que manteníamos con nuestros rivales deportivos del último día. Y ahora se desdicen de un acuerdo que, es cierto, no les obliga a cargar con la recuperación del jugador.

—¿Sabe el chaval que iba a ser traspasado, cedido o vendido? —intervino Pedregal—. Porque entiendo por lo que usted nos dice que ahora ni será traspasado, ni cedido, ni vendido.

—Salvo alguna inoportuna filtración, no —aclaró Basáñez.

—Nunca ha habido filtraciones en este Consejo, señor Basáñez —se indignó Pedregal.

—No creo que eso sea exacto, señor Pedregal, y menos después de la introducción a que hoy se ha visto obligado a soportar este Consejo —atacó Basáñez.

El grupo ya tenía ganas de marchar, y en esta ocasión nadie quiso demorar ese momento con nuevos rumores y corrillos.

—Señores, la situación no es sencilla de torear —terció López—. El chaval se queda sin contrato a finales del próximo mes, y estando lesionado como está ningún equipo querrá hacerse cargo de él. Por el mismo precio se hacen con los servicios de un jugador de su categoría que esté sano.

López también se notó cansado, y se dio cuenta del bajón que había dado el nivel de su discurso en esta última intervención.

—Me fastidia tener que hacer esto pero creo que es la única solución... —y miró en derredor como esperando que alguien llegara antes con la idea apropiada—. Señores, debemos tomar una decisión sobre Morán y no creo que la precipitación deba guiarnos. Si nadie tiene ninguna otra idea les expondré la mía y deliberamos sobre ella en la próxima reunión de este Consejo.

El Consejo permaneció expectante... No tenían claro cuál iba a ser la propuesta de López. No acostumbraba a ser tan benigno en sus decisiones como estaba siendo esta mañana. Pero nadie en el Consejo quería exponerse a decir una inconveniencia.

López pareció leer en la mente de sus consejeros la incertidumbre que les embargaba y por esta vez no quiso jugar con sus sentimientos.

—Señores —dijo finalmente el mayor accionista de L&A—, el miércoles les propondré hacernos cargo de la recuperación del jugador y utilizarle como caja B. Le haremos debutar en segunda A en el momento que nos sea más propicio

de forma que pueda brillar, como si de un escaparate se tratase, para renegociar su ficha ofreciéndola a otros clubes en el mercado de invierno. Si recuperamos el dinero invertido en su recuperación más los meses de contrato que seguiremos abonándole, todo lo demás será bienvenido.

—Pero, señor López, con su estancia en el Rayo ocupará una ficha, tapándonos a otro jugador —repuso Basáñez—. Además habremos de incrementar la nómina en función de la categoría.

López miró sorprendido a su mano derecha en aquel Consejo:

—No me cabe duda alguna de que encontrará usted alguna solución, señor Basáñez.

Un pequeño runrún se dejó oír entre los consejeros, pero querían marchar ya, por lo que se apagó casi instantáneamente. López se disponía a levantar la sesión cuando de pronto volvió a mirar a su factótum.

—¡Ah!, Basáñez; encárguese de que se sepa lo que hacen López y Asociados y el Rayo por estas personas, pero de forma que no aparezcamos como hermanitas de la caridad, sino que asumimos las responsabilidades sociales que hemos contraído. Mantenga su habitual prudencia, Basáñez, y evite que se sepa lo que no ha de saberse.